

Andrea Camilleri

UNA VOZ EN  
LA NOCHE

Traducción del italiano de  
Carlos Mayor



Título original: *Una voce di notte*

Ilustración de la cubierta: © Ferdinando Scianna/Magnum Photos/Contacto

*Copyright © Sellerio Editore, Palermo, 2012*

*Copyright de la edición en castellano © Ediciones Salamandra, 2016*

Publicaciones y Ediciones Salamandra, S.A.

Almogàvers, 56, 7º 2ª - 08018 Barcelona - Tel. 93 215 11 99

[www.salamandra.info](http://www.salamandra.info)

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-84-9838-744-5

Depósito legal: B-4.070-2016

1ª edición, abril de 2016

*Printed in Spain*

Impresión: Romanyà-Valls, Pl. Verdager, 1  
Capellades, Barcelona

UNA VOZ EN  
LA NOCHE



# 1

Se despertó cuando apenas eran las seis y media de la mañana, descansado, fresco y con la cabeza perfectamente despejada.

Se levantó, fue a abrir los postigos y echó un vistazo al exterior.

Un mar tranquilo, como una balsa, y un cielo sereno, celeste, con alguna que otra nubecilla blanca que parecía pintada por un pintor aficionado y puesta allí para adornar. Era, en definitiva, un día anónimo, y al comisario le gustó precisamente por esa falta de carácter.

Y es que hay días que imponen desde la primera luz del alba una personalidad fuerte, y uno no puede hacer más que dejar caer los hombros, rendirse y aguantar.

Volvió a acostarse. No tenía trabajo en la comisaría y podía tomarse las cosas con calma.

¿Había soñado?

En alguna revista había leído que se sueña siempre y que, si nos parece que no hemos soñado, es sencillamente porque lo olvidamos al despertarnos.

Y esa pérdida del recuerdo del sueño podía deberse también a la edad: lo cierto era que, hasta un momento determinado de su vida, nada más abrir los ojos le venían a la cabeza de inmediato los sueños de la noche anterior. Los veía pasar por delante, uno tras otro, como en el cine. Lue-

go había tenido que empezar a esforzarse para recordarlos. Ahora simplemente se le olvidaban, y punto.

En los últimos tiempos, dormir era como hundirse en un globo más negro que la pez, privado de los sentidos y del cerebro. Casi como si fuera un cadáver.

¿Y eso qué significaba?

¿Que cada despertar tenía que considerarse como una especie de resurrección?

¿Una resurrección que, en su caso concreto, no se anunciaba con trompetas sino, en el noventa por ciento de las ocasiones, con la voz de Catarella?

Pero... ¿seguro que las trompetas tenían que ver con la resurrección?

¿O sonaban sólo para acompañar al Juicio Final?

Ahí estaban. ¿O acaso lo que oía en ese momento no eran trompetas, sino el timbre del teléfono?

Miró el reloj, sin decidirse a contestar o no. Las siete.

Hizo ademán de descolgar.

Sin embargo, en el preciso instante en que su mano derecha estaba ya posándose en el auricular, la izquierda, con voluntad propia, sin que nadie le hubiera ordenado nada, se dirigió hacia la clavija y la arrancó de la pared. Montalbano se quedó mirándola, un tanto extrañado. Cierto que no le apetecía oír la voz de Catarella anunciándole el homicidio del día, pero... ¿desde cuándo una mano podía comportarse de esa manera? ¿Cómo se explicaba ese gesto de independencia?

¿Era posible que, en las cercanías de la vejez, las distintas partes de su cuerpo adquirieran cierta autonomía?

En ese caso, resultaría problemático incluso andar, con un pie que quisiera ir en una dirección y el otro en la contraria.

Abrió la cristalera, salió al porche y se percató de que el pescador que todas las mañanas aparecía por allí, el señor Puccio, ya había vuelto a la orilla y acababa de terminar de amarrar la barca en la playa.

Bajó a la arena tal como iba, en calzoncillos, y se le acercó.

—¿Qué tal ha ido?

—*Dottori*, amigo mío, hoy en día los peces se quedan mar adentro. El agua cercana a la orilla está demasiado contaminada con nuestra porquería. Poca cosa he sacado.

Hundió una mano hasta el fondo de la barca y la levantó aferrando un pulpo de unos setenta centímetros.

—Se lo regalo.

Era una buena pieza, daría para cuatro personas.

—No, gracias. ¿Qué hago yo con eso?

—¿Cómo que qué hace? Pues comérselo a mi salud. Basta con hervirlo un buen rato. Pero tiene que decirle a su asistenta que primero hay que sacudirle con una vara para ablandarlo.

—Gracias de corazón, pero...

—Cójalo —insistió el señor Puccio.

Lo cogió y regresó hacia el porche.

A medio camino sintió un fuerte pinchazo en el pie izquierdo. El pulpo, que el comisario sostenía ya con cierta dificultad, se le resbaló y acabó en la arena. Maldiciendo su suerte, Montalbano levantó la pierna y se miró el pie.

Tenía un corte en la planta y estaba sangrando; se lo había hecho con la tapa de una lata de tomate oxidada que había tirado algún maricón hijo de perra.

¡Pues claro que los peces ni se acercaban! Las playas se habían convertido en sucursales de los vertederos, y la costa entera, en la desembocadura de las cloacas.

Se agachó, recogió el pulpo y echó a correr hacia su casa, renqueando. Tenía la antitetánica al día, pero siempre era mejor prevenir.

Se dirigió a la cocina, dejó el pulpo en el fregadero y abrió el grifo para quitarle la arena que se le había pegado. Luego abrió los postigos de par en par, se metió en el baño, se desinfectó la herida a conciencia con alcohol, entre grandes blasfemias por el escozor, y se puso una tira de esparadrapo.

Entonces sintió la necesidad urgente de un café.

En la cocina, mientras preparaba la cafetera, empezó a experimentar cierta desazón cuyo origen no supo explicarse.

Ralentizó los movimientos para tratar de entender el motivo.

Y, de pronto, tuvo una certeza: había dos ojos clavados en él. Alguien lo miraba fijamente por la ventana de la cocina.

Eran los ojos de alguien que no hablaba, alguien que lo observaba sin pronunciar palabra y que, por lo tanto, no podía tener buenas intenciones.

¿Qué hacer?

Lo primero era que el intruso no se percatara de que él se había dado cuenta. Silbando el *Vals de la viuda alegre*, encendió el fogón y puso encima la cafetera. Seguía notando aquellos ojos clavados en la nuca como los cañones de un fusil.

Tenía demasiada experiencia para no comprender que aquella mirada tan intensa, tan amenazadora, sólo podía ser de odio profundo, la mirada de alguien que quería verlo muerto.

Notó la piel de debajo del bigote empapada en sudor.

Lentamente, acercó la mano derecha a un gran cuchillo de cocina y lo aferró, apretando con fuerza el mango.

Si el intruso del otro lado de la ventana iba armado con un revólver, le dispararía en cuanto se diera la vuelta.

Pero no tenía elección.

Se volvió de repente y, al mismo tiempo, se lanzó al suelo, boca abajo.

Se hizo bastante daño y el impacto de la caída provocó el tintineo de los cristales del aparador y de los vasos que había dentro.

Sin embargo, no hubo ningún disparo porque al otro lado de la ventana no había nadie.

Claro que eso no quería decir nada, razonó el comisario. También podía ser que el otro fuera muy rápido de reflejos y, al ver que empezaba a moverse, se hubiera apartado de la vista.



Ahora era más que evidente que estaba acurrucado debajo de la ventana, esperando su siguiente movimiento.

Se dio cuenta de que el cuerpo, cubierto por completo de sudor, se le había pegado al suelo.

Empezó a incorporarse poco a poco, con los ojos clavados en el recuadro de cielo entre los postigos, preparado para saltar sobre el adversario y salir volando por la ventana directamente, como los policías de las películas americanas.

Cuando por fin estuvo en pie, un ruido repentino a su espalda lo sobresaltó. Enseguida comprendió que era el café, que empezaba a hervir.

Con cautela, dio un paso adelante y a la derecha.

Y entonces, en el extremo de su campo de visión, apareció el fregadero.

De golpe, se quedó helado.

Pegado con los tentáculos a la losa de mármol contigua al fregadero estaba el pulpo, inmóvil, mirándolo amenazador.

En un abrir y cerrar de ojos, a Montalbano se le antojó como una bestia enorme, de al menos dos metros de altura, dispuesta a lanzarse contra él.

Pero no hubo batalla.

El comisario soltó un fuerte grito de espanto, saltó hacia atrás, aterrorizado, se dio contra los fogones, volcó la cafetera, cuatro o cinco gotas ardientes le quemaron la espalda y, sin dejar de berrear como un poseso, salió corriendo de la cocina, recorrió el pasillo presa de un pavor incontrolable, abrió la puerta para salir huyendo de casa y arrolló a Adelina, que estaba a punto de entrar.

Cayeron los dos al suelo, entre gritos. Ella estaba más asustada que él, de verlo tan asustado.

—¿Qué ha pasado, *dutturi*? ¿Qué ha pasado?

Pero Montalbano no podía contestar. Era incapaz.

Allí tirado, en el suelo, le había entrado un ataque de risa tal que se le saltaban las lágrimas.

• • •

La asistenta no tardó nada en agarrar el pulpo y matarlo a golpetazos en la cabeza.

Montalbano se dio una ducha y luego se sometió al tratamiento de Adelina para las quemaduras de la espalda. Después se bebió el café, que hubo que hacer de nuevo, se vistió y se preparó para salir.

—¿Qué hago? ¿Vuelvo a enchufar el teléfono? —le preguntó Adelina.

—Sí.

Y el aparato sonó de inmediato. Contestó. Era Livia.

—¿Por qué no has contestado antes? —embistió.

—¿Antes? ¿Cuándo?

—Antes.

¡Virgen santa, qué paciencia hacía falta con esa mujer!

—¿Se puede saber a qué hora has llamado?

—Hacia las siete.

El comisario se preocupó. ¿Por qué lo había telefonado tan temprano? ¿Qué podía haber sucedido?

—¿Por qué?

—¿Por qué qué?

¡Joder, qué diálogo!

—¿Por qué me has llamado tan temprano?

—Porque el primerísimo pensamiento que he tenido hoy, nada más abrir los ojos, ha sido para ti.

A Montalbano, a saber por qué, se le disparó al instante el resorte de la capciosidad, lo cual podía tener consecuencias desagradables.

—En otras palabras, eso me lleva a concluir que hay días en los que no me dedicas tu primer pensamiento —replicó con frialdad.

—¡Venga ya!

—No, me interesa de verdad. ¿Qué es lo primero que te viene a la cabeza cuando te levantas?

—Perdona, Salvo, ¿y si te hiciera yo la misma pregunta?

—Pero Livia no tenía intención de enzarzarse en una disputa y añadió—: No seas imbécil. Felicidades.

De repente, Montalbano se sumió en la angustia.

Siempre se olvidaba de las fechas señaladas, los aniversarios, los cumpleaños, los santos, las efemérides y demás chorradas. No había manera. Una niebla espesa.

Tuvo una iluminación repentina: seguro que era el aniversario de su larga relación. ¿Cuánto tiempo hacía que eran novios?

Dentro de poco, podrían celebrar el noviazgo de plata, si es que tal cosa existía.

—Lo mismo digo.

—¿Cómo que lo mismo dices?

Por la pregunta de Livia, comprendió que había metido la pata. ¡Qué manera de tocar las pelotas!

Sin duda debía de tratarse de algo que lo concernía personalmente en persona, pero ¿qué?

Mejor concluir enseguida la partida con un agradecimiento genérico.

—Gracias.

Livia se echó a reír.

—¡Ay, no, cariño! ¡Me has dado las gracias sólo para acabar de una vez! Me apuesto algo a que ni siquiera recuerdas qué día es hoy.

Era cierto. No tenía ni idea.

Por suerte, en la mesita de noche estaba el periódico del día anterior. Retorciendo el cuello, consiguió leer la fecha: 5 de septiembre.

—¡A ver, Livia, me parece que estás exagerando! Hoy es seis de... —Un rayo fulminante—. ¡Mi cumpleaños! —exclamó.

—¿Te das cuenta de lo que ha costado recordarte que hoy cumples cincuenta y ocho años? ¿Tenías un bloqueo mental?

—Pero... ¿cómo que cincuenta y ocho? ¿Qué dices?

—Perdona, Salvo, pero ¿no naciste en 1950?

—Exactamente. Hoy termino los cincuenta y siete años y entro en los cincuenta y ocho, que aún están enteritos por gastar. Tengo ante mí doce meses menos unas pocas horas, para ser exactos.

—Tienes una forma muy rara de contar.

—A ver, Livia, que esa forma me la enseñaste tú.

—¿Yo?!

—Sí, señora, cuando cumpliste los cuarenta y te...

—Eres un grosero —replicó ella.

Y colgó.

¡Virgen santa! ¡Apenas le quedaban dos años para ser un sesentón!

A partir de aquel momento, no subiría en ningún tipo de transporte público, por miedo a que algún crío, al verlo, se levantara y le cediera el asiento.

Luego recapacitó: podía seguir yendo en transporte público tranquilamente, porque lo de ceder el asiento a los ancianos era una costumbre que ya no se estilaba.

Ya no se respetaba a los ancianos, se los ridiculizaba y se los ofendía, como si quienes los ridiculizaban y los ofendían no estuvieran destinados a acabar también siendo viejos.

¿Y por qué se le pasaban por la cabeza esas consideraciones? ¿Quizá porque ya se sentía dentro de la categoría de los viejos?

De golpe y porrazo, se puso de un humor de perros.

Poco después de entrar en la provincial, a su velocidad acostumbrada, un coche que iba detrás de él empezó a dar bocinazos para pedir paso.

En aquel punto, la calzada se estrechaba porque había obras. Por otro lado, Montalbano circulaba a cincuenta, que era el límite máximo, puesto que ya estaban dentro del casco urbano de Vigàta.

Y por eso no se apartó ni un milímetro.

El coche de detrás se puso a dar bocinazos a la desesperada y luego, con una especie de rugido, se le acercó hasta casi rozarlo. Pero... ¿qué pretendía ese gilipollas? ¿Echarlo de la carretera?

El conductor, un treintañero, sacó la cabeza y le gritó:

—¡Vete al asilo, viejales! —Y, no contento con eso, agarró una gran llave inglesa y la agitó hacia el comisario diciendo—: ¡Con esto te aplastaría el cráneo, cadáver ambulante!

Montalbano no podía reaccionar de ningún modo, bastante trabajo le daba mantener el coche en la calzada.

Al cabo de un segundo, el coche del treintañero, un potente BMW, dio un salto y desapareció en un abrir y cerrar de ojos, tras adelantar con temeridad la hilera de vehículos que Montalbano tenía delante.

El comisario formuló el deseo de que se despeñara por un barranco. Y, para ir sobre seguro, deseó también que luego el coche se incendiara.

Pero... ¿cómo había acabado así el país? En los últimos años parecía que habían retrocedido varios siglos; quizá, si le quitaba la ropa a aquel individuo, debajo se encontraría la piel de oveja de los hombres primitivos.

¿Por qué tanta intolerancia mutua? ¿A santo de qué ya nadie soportaba al vecino ni al compañero de trabajo, y quizá tampoco al de pupitre?

Después de las primeras casas del pueblo había una gasolinera bastante grande. Y allí volvió a ver al del BMW, que había parado a repostar.

Se planteó seguir adelante, no tenía necesidad inmediata de gasolina, pero acabó cambiando de idea. Ganó el resentimiento, las ganas de darle su merecido.

Aceleró, hizo una maniobra en medio de la gasolinera y fue a detenerse justo con el morro del coche casi pegado al del BMW.

El treintañero había pagado y había arrancado ya el motor, pero no podía avanzar, porque el coche de Montalbano se lo impedía.

Y tampoco podía dar marcha atrás, porque ya se había puesto otro vehículo a esperar su turno.

El joven dio un bocinazo e hizo un gesto a Montalbano para que se apartara.

El comisario fingió que no podía arrancar.

—¡Dígale que tengo que salir! —gritó entonces el otro al encargado de la gasolinera.

Sin embargo, éste, como había reconocido a Montalbano, que era cliente suyo, hizo ver que no lo había oído, descolgó la manguera del surtidor y fue a atender al otro coche.

Loco de rabia, babeando con furia, el treintañero bajó y se acercó a Montalbano con la llave inglesa en la mano. La levantó por los aires y luego la bajó con todas sus fuerzas.

—¡Ya te he dicho que te partiría el cráneo!

En lugar del cráneo, el porrazo fue a resquebrajar la ventanilla. El jovencito volvió a subir el brazo y se quedó helado.

Dentro del coche, sentado tranquilamente detrás del volante, el comisario lo apuntaba con un revólver.

El agente Gallo, avisado por el encargado de la gasolinera, no tardó ni diez minutos en llegar. Esposó al treintañero y lo metió en el coche de servicio.

—Enciérramelo en un calabozo de seguridad. Que soople y luego hazle los demás análisis.

Gallo se marchó como un rayo. Cuando iba al volante, le gustaba correr.

Al llegar a la comisaría, Catarella se abalanzó sobre él emocionado y con el brazo tendido, como siempre hacía en aquella fecha señalada.

—¡Muchas, muchísimas felicidades de todísimo corazón! ¡Larga vidísima y sanísima y felicísima, *dottori*!

Montalbano primero le estrechó la mano, pero luego, movido por un impulso repentino, le dio un fuerte abrazo. A Catarella se le saltaron las lágrimas.

Cuando Montalbano llevaba tres minutos sentado en su despacho, se presentó Fazio.

—*Dottore*, una sincera felicitación de mi parte y también de la comisaría entera —dijo.

—Gracias. Siéntate.

—No puedo, *dottore*. Tengo que reunirme con el *dottor* Augello, que por cierto me ha pedido que lo felicite de su parte, en Piano Lanterna.

—¿Y eso?

—Esta noche ha habido un robo con fuerza en un supermercado.

—¿Han robado algún detergente?

—No, *dottore*. Se han llevado todo lo que había en la caja, que por lo visto era una buena cantidad.

—Pero... ¿la caja no la llevan al banco todos los días al cerrar?

—Sí, señor, pero ayer no.

—Está bien, ve para allá, nos vemos luego.

—Si usía no tiene nada mejor que hacer, le traigo unos papeles para firmar.

¡No, las firmas no! ¡El día de su cumpleaños, no!

—Vamos a dejarlo para otro día.

—Pero, *dottore*, ¡algunos de esos documentos ya llevan un mes de retraso!

—¿Los ha reclamado alguien?

—No, señor.

—¿Y, entonces, a qué viene tanta prisa? Un día más, un día menos, la situación no cambia.

—¡*Dottore*, dese cuenta de que, si se entera el ministro de la Reforma Burocrática, se le tira al cuello!

—El ministro quiere agilizar la inutilidad, la superfluidad del recorrido improductivo de documentos que, en el noventa por ciento de los casos, no sirven para nada.

—Pero un funcionario no debe juzgar si los documentos sirven o no. Sólo tiene que firmarlos, y punto.

—Ah, ¿y un funcionario qué es, un robot? ¿Acaso no tiene cerebro para pensar? El funcionario, que es consciente de que esos documentos no sirven para nada, ¿por que tendría que perder el tiempo?

—Según usía, ¿qué habría que hacer?

—Abolir la inutilidad.

—*Dottore*, yo creo que eso es imposible.

—¿Y por qué?

—Porque la inutilidad es una parte intrínseca del hombre.

Montalbano lo miró estupefacto. Estaba descubriendo a un filósofo en Fazio, que insistió:

—*Dottore*, hágame caso: ¿no es mejor que esos papeles se los quite de encima poco a poco? ¿Le traigo unos veinte? En cosa de media hora se habrá librado de ellos.

—Está bien, pero que sean diez.